

INSTRUCCION

SOBRE EL GRADUAL,

LA PROSA Y EL TRACTO.

PSALMO XLVI, V. 8.

*Dios es el Rey de toda tierra: tañed
Psalms diestramente.*

El espíritu de sabiduría y de recogimiento debe ser el espíritu del Cristiano en todas las prácticas que tienen por objeto la religión. Sin esta disposición todo es frialdad é insipidez para él, todo para su salvacion es inútil é infructuoso. Dios no quiere ser honrado con oraciones, ni con cánticos que no salgan de lo íntimo del corazón, y las palabras mas expresivas, y las voces mas concertadas, no son según el pensamiento de un padre, quando ca-

recen de la atención del corazón y del espíritu, sino un género de burla y de ironía. Por tanto quando la Iglesia nos convida á los ejercicios de la religión, debemos llevar este espíritu de recogimiento, y principalmente quando para excitar nuestra fe echa mano de las expresiones de un Profeta como David abrasado en el fuego de la caridad. Veamos ahora por qué se dice la oración llamada *Gradual* despues de la Epístola y ántes del Evangelio, y aprenderemos al mismo tiempo el uso que debemos hacer de los Psalmos del Profeta Rey. Esta parte de la Misa parece quizá la ménos fecunda en reflexiones, y la ménos atendida de los Cristianos; pero sin embargo es de una grande utilidad, y exige particulares disposiciones.

El *Gradual* tiene este nombre, porque se cantaba sobre las gradas que subian al lugar destinado para leer el Evangelio, y se compone de algunos versículos de un Salmo. En otro tiempo se cantaba el Salmo entero regularmente en dos coros, del mismo modo que se acostumbra en los demas officios; y en los dias de penitencia el

Pueblo y el Clero guardaban silencio mientras que un cantor le entonaba, y le continuaba solo hasta el fin, por cuya razon se le dió el nombre de *Tracto*, que quiere decir de una vez, y sin interrupcion. El *Psalmo* era siempre relativo á la fiesta, y la Iglesia que ha tenido por conveniente conservar este uso, nos ofrece ordinariamente en los versiculos del *Gradual* aquellos que explican con toda claridad y distincion los grandes misterios de nuestra religion santa; y así el *Gradual* presenta siempre una instruccion sólida al Cristiano que quiere meditarle, ó referirle al objeto de la solemnidad que celebra. Este cántico se acaba siempre con una serie de tonos, que tiene el nombre de *neuma* ó *exclamacion*, porque la intencion de la Iglesia es excitar en el corazon de los fieles una santa alegría, los quales aun separados de las palabras denotan la viveza y la energía de la expresion. A los últimos versos añade la palabra *Allehuya*, y en el tiempo Pascual la repite diferentes veces, porque su alegría es mas viva: en la instruccion próxima vereis el sentido espiritual que contiene esta palabra, y

el aprovechamiento que pueden sacar los fieles si la meditan atentamente.

En las fiestas principales se sustituye á este *Neuma* la *Prosa*, que es el himno donde estan circunstanciadas las verdades que contiene el misterio que se celebra, ó las virtudes que han practicado los Santos que se honran. Vamos á explicar cada uno de estos usos para conocer su espíritu.

La Iglesia contempla sin duda nuestra flaqueza y poca constancia, quando reparte los instantes destinados á la celebracion de los santos misterios entre la oracion y la lectura. En el tiempo que los fieles fervorosos pasaban el dia, y muchas veces la noche en el templo, era muy necesaria esta alternativa para que la continuacion de un exercicio mismo no fatigase su atencion; y hoy que tanto se ha disminuido el fervor, no es ménos necesario é indispensable este miramiento. ¡Oxalá que supiesemos aprovechar esta variedad, para renovar nuestra piedad y nuestra atencion! Pero este tránsito de la oracion á la lectura, y de la lectura al canto de los *Psalmos*, ¿no ha sido muchas voces para nosotros una ocasion de dissipacion y de tibieza?

La eleccion que hace la Iglesia del libro de los Psalmos con preferencia á qualquiera otro, con el fin de ocuparnos en este momento, debe darnos una grande idea de su espíritu, inspirarnos la veneracion mas profunda, y excitarnos un deseo ardiente y una solicitud ansiosa de asistir á los divinos officios. La imágen que nos traza el Profeta Rey de las grandezas de Jesu-Cristo; la idea que nos presenta de su reyno; las grandes lecciones de virtud y fidelidad con que nos instruye á cada paso; todo esto en estas sublimes Poesias debe abrasar nuestros corazones, y suministrarnos no solo para el momento del Sacrificio, sino tambien para todas las acciones de nuestra vida un motivo continuo de emulacion y de amor: ¡Feliz aquel Cristiano que desde su juventud se impone la costumbre de alimentar su memoria y su corazon con estas divinas expresiones! La experiencia nos enseña el uso habitual que debe hacerse de los Psalmos. Ellos nos dan una idea clara y sensible de todos los misterios de nuestra religion; ellos corresponden á to-

dos los sucesos de nuestra vida; calman todas las agitaciones de nuestro espíritu; resuelven las dudas é incertidumbre de nuestro corazon, y disipan la tristeza de nuestras almas. Sobre todo en las dilatadas y penosas enfermedades donde la violencia de los dolores, y la extenuacion de fuerzas nos constituyen en la imposibilidad de aplicarnos con intension á cosa alguna, debemos traer á la memoria estas dulces expresiones, y recrear con ellas nuestro espíritu, seguros de conseguir la paciencia de que tanto necesitamos en esta situacion triste, y de conservar la confianza en las bondades de nuestro Dios.

Esta es una verdad que comprobamos diariamente los Ministros del Altar; porque como sacamos de los Psalmos las palabras de consuelo que decimos á los enfermos, ellos por su parte se aplican á fixarlas en su memoria, y son por lo regular su recurso en aquellos momentos en que se ve mas agitado su espíritu.

Los Cristianos tienen la obligacion estrecha de leer con toda atencion las palabras que componen el *Gradual*, á

fin de ponerse en estado de meditarlas y aplicarlas útilmente; y como esta oracion es una de las mas cortas entre las que componen la Liturgia, seria muy conveniente que la grabasen en su memoria, para quien en alguna manera fuese el objeto continuo de su meditacion. Es verdad que todos los fieles no tienen las luces necesarias para meditar; pero el mayor número no carece de ellas, y si sienten alguna repugnancia y frialdad para este ejercicio, es porque leen, cantan y oran sin aquella atencion debida. Para adquirir esta útil costumbre no se requiere mas que una inteligencia comun, porque las reflexiones que ha dictado el Espíritu Santo á los Profetas son muy enérgicas, muy claras y fecundas á fin de que la piedad de los mas simples pueda encontrar en ellas su apoyo y su alimento.

Debemos por consecuencia entrar en el espíritu de alegría, de consuelo y de confianza, que quiere inspirarnos la Iglesia por la *Prosa* en las grandes solemnidades. El tono de estos versos no es por lo comun tan grave y magistoso como el de los otros himnos ó cánticos; sin embargo sus modula-

ciones mismas ofrecen á los Cristianos un motivo poderoso para elevar al cielo su espíritu; pero ellos por lo comun hacen de esta parte de la Misa, mas bien un objeto de disipacion que de edificacion, y embelesados con la armonía y dulzura del canto, no reflexionan sobre el sentido de las palabras de la *Prosa*. Los cánticos de la Iglesia estan muy distantes de la profana alegría de las canciones del siglo; porque en éstas solo se intenta lisongear y agradar los sentidos; y en aquellos se trata solo de excitar en el corazon el verdadero gozo y la pura alegría de la eternidad.

Debemos fixar particularmente la atencion sobre el canto lúgubre que ha escogido la Iglesia para el *Tracto*, y por consecuencia leer y meditar esta oracion ínterin se canta por uno, ó por muchos Ministros. Hemos dicho ya que en lo antiguo se cantaba por uno solo, y este uso era muy propio para recordar á los fieles la contricion. La voz lastimera que levantaba en medio de la asamblea expresaba el vivo dolor de los Cristianos que la componian; porque el silencio, los gemidos y las lágrimas, son

las únicas expresiones que se permiten á un corazón anegado en la amargura. ¡Oxalá que este sentimiento penetre nuestro corazón siempre que oímos cantar esta oración, ó que si en algunas circunstancias nos permite la Iglesia unir nuestra voz con la de los Ministros, sea siempre con aquella gravedad y recogimiento que corresponde á un acto tan serio!

Para cantar el *Gradual* ó el *Tracto*, se revisten los Ministros con los ornamentos sagrados, y con esta pompa quiere enseñarnos la Iglesia, que aunque todos los días son santos, y piden igual recogimiento de nuestra parte; sin embargo hay en nuestra religión verdades y misterios que exigen una atención mas constante, y un reconocimiento mas vivo.

Los *Neumas*, que como hemos dicho estaban destinados á manifestar la alegría del corazón, nos representan con sus diferentes sonidos aquel cántico que oyó San Juan en el cielo, donde la confusión de las voces se asemejaba mas bien al ruido impetuoso de la mar y de las olas, que á palabras articuladas por los hombres. Este *Neuma*

se canta por todo el pueblo, y es una especie de ratificación de quanto se ha dicho en las palabras que le han precedido. Unamos pues nuestras voces, y guiados por un mismo espíritu cantemos las alabanzas del Señor.

La Iglesia para excitar nuestra aplicación á las verdades útiles, nos presenta en las oraciones que tiene destinadas para las grandes festividades, la idea mas relevante de la felicidad que nos espera, pintándonos con todos sus colores las delicias de la eternidad; de manera que el Cristiano que con los ojos de la fe la sigue en todas las ceremonias, que lee con atención estas oraciones, y que canta con recogimiento y compunción todos estos cánticos penetrado de una santa alegría, y de la confianza mas viva, no puede dexar de exclamar con el Profeta diciendo: *la hermosa de la hija de Sion está oculta y escondida para todos los que no la consideran ni penetran.*

Si los Cristianos carnales no ven otra cosa que la superficie de las ceremonias sagradas, que la magnificencia de los ornamentos, y el crecido número de Sacerdotes, y de Levitas que

rodean el Altar; si nada oyen, sino la armonía exterior que hiere sus oídos, y por lo mismo las fiestas del siglo son de mas interes para ellos que las nuestras; si los cánticos solemnes y magestuosos de la Iglesia son á su parecer frios é insípidos, quando los comparan con sus placeres; y si para recompensar en algun modo, el disgusto que hallan en nuestro santos templos, profieren con descaro las chanzas é invectivas más sacrílegas; los Cristianos que viven del espíritu penetran el fin de todas nuestras ceremonias, y meditan todas las palabras y las acciones de los Ministros para sacar los frutos que encierran.

Dios mio, haced que nosotros seamos del número de esos Cristianos espirituales, y que meditemos todos los usos y las ceremonias que observa vuestra Iglesia: haced que la costumbre de verlas no debilite jamás la impresion que hacen en nuestras almas. La Iglesia, vuestra fiel Esposa, no da un paso que á vuestra semejanza no sea para nuestro provecho, y emula en algun modo de vuestra sabiduría, de vuestra misericordia y de vuestra justicia, imi-

ta las consoladoras ó las terribles funciones que exercéis en el cielo. En todas sus ceremonias nos habla de vuestra gloria, de vuestras venganzas y bondades; y por tanto hacednos, Dios mio, sensibles á todo aquello en que se interesa la Magestad de vuestro nombre. Penetrad nuestros corazones de vuestro santo temor, inflamad nuestros deseos para la eternidad, haced que llevemos á los exercicios más santos las más santas disposiciones, y que tengamos la dicha de continuar en los siglos de los siglos el cántico de alabanzas que hemos empezado en el tiempo. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE LA ALLELUYA.

TOBIAS, cap. 13. v. 22.

Por sus barrios se contrará Alleluya.

ESTA era una idea que llenaba de consuelos al mas virtuoso de los Israelitas en su cautiverio. Tobías se representaba aquellos tiempos felices en que el Señor enxugaria las lágrimas de su pueblo, y en qué conduciéndolo á la patria, lo recompensaria de los trabajos y miserias del destierro con la libertad, y el gusto de cantar sus divinas alabanzas. Este Israelita, mis hermanos, es la figura del Cristiano: este cautiverio es la imágen de la opresion en que vivimos en la tierra, y esta Jerusalem en cuyas calles y plazas deben resonar los divinos cánticos, nos representa la

sobre la Alleluya.

305

patria celestial. Aquí gozaremos plenamente de la libertad de hijos de Dios, y cantaremos *Alleluya* sin el temor de ser interrumpidos con lágrimas y sollozos. Quando la Iglesia nos permite este cántico, cuidado no nos demos á una peligrosa seguridad. Encerremos nuestros corazones á la manera de los Judíos á la orilla del rio de Babilonia en los límites de una alegría moderada por el temor de los peligros que nos amenazan, y de los enemigos que nos cercan, y oxalá que elevando nuestras almas á Dios, probemos nuestra fe, y el ardiente deseo de gozar de la patria prometida.

Alleluya es una palabra Hebrea, que quiere decir, *alabad á Dios*, y siendo muy enérgica en esta lengua para explicar un movimiento extraordinario de alegría, ha tenido la Iglesia por conveniente el conservarla, así como el *Amen*. Esta palabra la usa muy frecüentemente en las solemnidades mas principales, y la suprime en los dias de duelo y de penitencia; pero no por esto nos dispensa en ellos de la justa alabanza, que se debe á

TOM. I.—E e

miento, para fortificarse en la confianza, para penetrarse de fe, de humildad y de fervor, y precaverse contra los escollos que le presenta su fragilidad, debe cantar *Alleluya*, porque para él es el grito de la victoria, y una señal de reunion á la santa milicia del Señor: esta es la *Alleluya* de los justos.

Un corazon culpable, afligido con la memoria de sus desórdenes, atormentado con la violencia de sus pasiones, arrastrado por la fuerza de sus costumbres, atemorizado por el rigor de los juicios, que viene á buscar en el templo el remedio de sus llagas, debe cantar la *Alleluya*; no con el sentimiento de alegría que inspira una conciencia irreprehensible, no con la dulce confianza que sugiere el testimonio de su fidelidad, sino con esa confianza firme, acompañada del temor, y del amor que le muestra en Dios el objeto de sus alabanzas, y un vengador, y un Padre; y esta *Alleluya* es la de los pecadores penitentes.

El indigente convencido de que la pobreza que le rodea, es una de las mas sensibles pruebas de la atencion de su Dios, uno de los medios mas efi-

caces de santificacion, uno de los mayores preservativos contra el demasiado amor á las cosas terrenas, debe cantar la *Alleluya* con sumision, persuadiéndose que el Dios que ha querido probarle, es digno de alabanza, porque sabe sacar de la miseria la sumision, de la sumision la paciencia, y de la paciencia la esperanza Cristiana, que jamas será obscurecida, ni confundida; y esta es la *Alleluya* del pobre.

El rico si tiene fé, no debe tampoco menospreciar este cántico, sino por el contrario alabar á Dios; no porque le ha colmado de bienes, sino que le ha inspirado su buen uso; no porque le ha multiplicado sus posesiones y sus tesoros, sino porque le ha desprendido su corazon de ellos; no por los placeres y encantos de la vida presente, sino porque estos mismos placeres son para él una ocasion de continuos sacrificios; y esta será una *Alleluya* propia para los pobres de espiritu y de corazon.

La *Alleluya* tendrá mil encantos para nosotros, y será la ocasion de los mas dulces consuelos, si en las diferentes tribulaciones que nos afligen nos

acostumbramos á alabar á Dios, bendiciéndole en los males y en los bienes. Si alguna vez la tristeza nos oprime, no temamos levantar la voz para gritar con la Iglesia *Alleluia*: es decir, que vuestra gloria, Señor, sea el fruto de los males que padezco, de las calumnias, y de las injusticias que sufro, de los dolores que siento, y de los sacrificios que exígis de mí, y esta será la *Alleluia* del Cristiano afligido. Entonces si no la tenemos siempre en la boca, la conservaremos á lo ménos en nuestro corazon: jamas oiremos esta palabra sin que se despierten dentro de nosotros las disposiciones que inspira, ni la interrumpiremos nunca sino para reducirla á práctica segun nos sea posible. Hay una *Alleluia* de accion que para hacerse entender se vale del language de las obras, que es el mas eloquente de todos, y mucho mas propio que los cánticos mas concertados y amorosos para explicar las alabanzas. Este es el language del Cristiano fiel: porque quando tributa á la ley el homenaje de la observancia mas exácta á expensas de su tranquilidad y reposo; á pesar de los desprecios y de

las burlas, en medio de las prevaricaciones y de los escándalos, y contra el gusto mismo de una naturaleza corrompida que le solicita continuamente para el mal, dice con mas eficacia, que lo diria la boca, alabemos al Señor, *Alleluia*. Este es el language del Cristiano dócil: siempre que sufre sin murmurar, que bendice á Dios en los trabajos y miserias, que mira en las aflicciones la mano de Dios que le castiga, que estudia los medios de fortificarse en la paciencia, y confiesa el dominio soberano del Señor sobre sus criaturas, le alaba con su silencio mismo, y las convida á unirse con él para que participen de sus homenages: su boca calla; pero sus obras renuevan á cada instante del dia la *Alleluia*. No nos cansemos pues de repetir este cántico de alabanza que debe hacer un dia todo nuestro consuelo y las delicias de toda una eternidad, porque, como dice San Agustin, una de las funciones mas preciosas de los bienaventurados en el cielo, será la de alabar á Dios sin cesar. Feliz alabanza que no será interrumpida ni por los suspiros del destierro, ni por la violencia de los do-

lores, ni por el temor, los sollozos y los pesares. Feliz alabanza, cuyo mérito no se debilitará jamas por el pecado; cuya actividad no podrá resfriarse, cuyo fervor no se cansará jamas, Feliz alabanza digna de Dios, que será el objeto de ella, y de aquel espíritu que engendrará en el corazon del Cristiano estos sentimientos saludables. Esta es la verdadera *Allehuya*, de la qual la *Allehuya* de la tierra solo es una sombra; y por tanto la Iglesia nos enseña á balbucear esta dulce palabra á manera que se ensaya á los niños habituándo su órgano á pronunciar las palabras mas faciles y mas dulces. Es verdad que no dexamos de conocer que esta *Allehuya* encierra dentro de sí un sentido que debe colmarnos en un tiempo de alegría; pero si llegamos á comprender los misterios que contiene, y los consuelos que anuncia, nos disgustarimos infaliblemente de todas las falsas alegrías del siglo, y nos desprenderíamos de esos entretenimientos frívolos que cautivan el corázon del hombre carnal. ¿Qué insensatas nos parecerian entónces las alegrías del mundo, qué insípidos sus placeres, qué fútiles

sus bienes, qué pesados sus honores, y qué molestas y fastidiosas sus fiestas! Hagámonos por tanto dignos de repetir eternamente este Divino cántico, entonándole en la tierra con las disposiciones que exige, y son las siguientes.

Disposicion de confianza: siempre que pronunciamos esta palabra la dirigimos á un Padre amoroso, á un Señor pacífico, que hace consistir sus delicias en colmarnos de sus bienes. Disposicion de temor: quando estamos sumergidos en un torrente de lágrimas, quando el dolor y la amargura se apoderan de nuestro corazon, entónces debemos cantar las alabanzas del Señor. Pero la impureza de nuestros labios, la indocilidad de nuestro corazon, una lengua exercitada hasta el dia en la mentira, y en las canciones mundanas, ¿podrán celebrar dignamente las grandezas del Eterno, sobre todo si traemos á la memoria que Dios ha dicho al pecador, por qué te atreves á publicar mis juicios y mis preceptos? Disposicion de humildad: Dios en efecto desecha las alabanzas orgullosas del Fariseo que tiene valor de bendecirle á expensas del publicano, á quien desprecia. Dios no

quiere ser loado, sino por un alma simple, que no desconozca ni su grandeza y sublimidad, ni su propia bajeza. Disposicion de fervor y de amor: si la *Alleluya* solo está en nuestros labios, si el sonido de ella solo ha herido los odios carnales, y no ha llegado al interior del corazon, jamas podrá conformarse con la que cantan los Angeles y los Santos; pero un Cristiano que sabe amar, que no divide su amor con la criatura, que no le debilita con los objetos exteriores, y que no le embota con el gusto de los deleytes profanos, se entrega todo á una santa alegría y á una dulce confianza cantando la *Alleluya*; y su espíritu y su corazon encuentran en esta expresion sola una prenda de los consuelos presentes, y un presagio cierto de los innumerables que ha de gozar baxo el reyno de la verdadera libertad, quando cante una *Alleluya* eterna. Así sea.

INSTRUCCION

SOBRE

EL EVANGELIO.

ESPISTOLA DE SAN PABLO A LOS ROMANOS,
cap. 10. v. 15.

¡Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz!

Los primeros pasos que dió Jesu-Cristo para instruir al pueblo, le conduxéron á un monte alto, donde habiéndose sentado, dice el Historiador sagrado, habló á la muchedumbre que le rodeaba de los misterios del reyno de Dios, y por esto le conviene admirablemente aquel dicho, que acabamos de citar del Profeta Isaías: *Qué hermosos los pies de los que anuncian el Evangelio de paz!* Así las primeras pa-